

**La educación para la paz exige un cambio de modelo de paz: desaprendiendo la exclusividad de la *Pax* para unirla a la *Eirene* y la noviolencia**

**Education for peace demands a change in peace model. Unlearning the exclusivity of *Pax* to join it to the *Eirene* and non- violence**

**L'éducation pour la paix exige un changement de modèle de paix : en désapprenant l'exclusivité de la *Pax* pour l'unir à l'*Eirene* et la non-violence**

**A educação para a paz exige um câmbio de modelo de paz: desaprendendo a exclusividade da *Pax* para juntá-la à *Eirene* y à não-violência**

---

Manuel Leonardo Prada-Rodríguez<sup>1</sup>  
Universidad Santo Tomás  
Bogotá-Colombia

---

Cómo citar este artículo: Prada-Rodríguez, M. L. (2016). La educación para la paz exige un cambio de modelo de paz: desaprendiendo la exclusividad de la *Pax* para unirla a la *Eirene* y la noviolencia. *quaest.disput*, 9 (19), 180-200

Recibido: 03/03/2016. Aprobado: 09/06/2016

---

1 Ph. D. (c). Contacto: manuelprada@usantotomas.edu.co.



## Resumen

El aprendizaje para la paz implica que las personas que realizan dicho proceso ya no son las mismas de antes, por cuanto han desaprendido conductas violentas y han adquirido otras, pacifistas, entendiendo que el ser humano no es instintivo como los animales, que siempre tienen que responder ante los estímulos, sino que tiene libertad para retrasar la respuesta habitual, inventar otra o, sencillamente, no responder. Se trata de un cambio de personalidad, caracterizado por la apertura hacia el otro, con quien ahora se mantienen relaciones equilibradas, que posibilitan compartir actos ejecutados con base en las distintas formas de pensar de ambas partes, las cuales antes eran mutuamente excluyentes.

El aprendizaje para la paz también implica reconocer que durante los primeros años del post-conflicto no muchas cosas cambiarán. El Ejército Nacional de Colombia no dejará de existir, garantizando así la perpetuidad del concepto romano de *Pax*, y el Estado colombiano seguirá siendo neoliberal, inmerso en una globalización que día a día genera desigualdad social. Pero la era de la paz no conlleva sumisión acrítica de las personas, sino la incorporación del concepto griego de paz, *Eirene*, que les posibilita a los ciudadanos hacer reclamos responsables al Estado, bien pensados y dialogados sin violencia.

**Palabras clave:** dominio propio, Eirene, libertad humana, no-violencia, Pax, reclamo responsable.

## Abstract

Learning for peace implies that people that go into the process is not the same people as before. This is because they might have unlearned violent behavior and have got other pacifists behaviors. Understanding that human beings are not instinctive as animals that always respond to stimulus. Human beings have the freedom to delay the normal answer, invent another one or not respond at all. It has to do with a change of personality, characterized by opening to each other, where they now maintain even relations though they have different way of thinking.

The peace learning means to recognize that during the first years of post-conflict many things would not change. The Colombian army will not disappear, assuring the forever roman concept of *Pax*. The Colombian State will continue being neo liberal, maintaining the globalization that day by day produces social inequality. The time of peace does not take people to submission but the outreach of the greek concept of peace *Eirene*. This will make citizens the possibility of making claims to the state, well thought and without violence.

**Keywords:** Eirene, human freedom, non- violence, own domain, Pax, responsible claim.

## Résumé

L'apprentissage pour la paix implique que les personnes qui réalisent le dit processus ne sont pas déjà les mêmes de d'avant, en plus qu'ils ont désappris une conduite violente et ont acquis les autres, des pacifistes, en entendant que l'être humain n'est pas instinctif comme les animaux, qui ont à toujours répondre devant les stimulations, mais qui ont la liberté pour retarder la réponse habituelle, pour inventer une autre ou, simplement, ne pas répondre. Il s'agit d'un changement de personnalité, caractérisé par l'ouverture envers l'autre, dont maintenant se maintiennent les relations équilibrées, qui facilitent partager les actes exécutés avec la base des formes distinctes de penser de deux parties, lesquelles étaient d'avance mutuellement exclusives.

L'apprentissage pour la paix implique aussi reconnaître que pendant les premières années du post-conflit beaucoup de choses ne changeront pas. L'Armée Nationale de la Colombie ne cessera pas d'exister, en garantissant ainsi la perpétuité du concept romain de *Pax*, et l'État colombien continuera d'être néolibéral, immergé dans une globalisation qui génère jour au jour une inégalité sociale. Mais l'ère de la paix n'implique pas de soumission acritique des personnes, mais l'incorporation du concept grec de paix, d'*Eirene*, qui facilite aux citoyens faire des appels responsables à l'État, bien pensés et dialogués sans violence.

**Mots clefs :** domaine propre, *Eirene*, liberté humaine, non-violence, *Pax*, et appel responsable.

## Resumo

A aprendizagem para a paz implica para as pessoas que realizam dito processo já não é o mesmo de antes, porquanto tem sido desaprendido condutas violentas e tem adquirido outras, pacifistas, entendendo que o ser humano não é instintivo quanto os animais, que sempre tem que responder ante os estímulos, senão que tem a liberdade para retardar a resposta habitual, inventar outra ou, simplesmente, não responder. Compreende-se de um câmbio de personalidade, caracterizado pela abertura ao outro, com quem agora se mantem relações equilibradas, que possibilitam compartilhar atos executados baseados nas distintas formas de pensamento das duas partes, as quais anteriormente foram mutuamente exclusivos.

A aprendizagem para a paz, também implica reconhecer que durante os primeiros anos do pós-conflito não muitas das coisas mudaram. O Exército Nacional da Colômbia não deixará de existir, garantindo assim a perpetuidade do conceito Romano de *Pax*, e o Estado colombiano continuará sendo neoliberal, imerso um uma globalização em que diariamente gera desigualdade social. Mas a época da paz não leva à submissão acrítica das população, senão à incorporação do con-



ceito grego de paz, *Eirene*, que lhes possibilita aos cidadãos fazer reclamações responsáveis ao Estado, bem pensadas e dialogadas sem violência.

**Palavras chave:** domínio próprio, Eirene, liberdade humana, não-violência, Pax, y reclamação responsável.

### Introducción

Edmund Husserl afirmó que la conciencia no es pura, sino que es conciencia de algo. De menara semejante, es posible decir que aprender no es un acto puro, que en sí mismo se completa. No es una praxis perfecta, en el sentido de cantar, por ejemplo, acto que cuando se ejecuta, ya se ha finalizado: canto, pero al mismo tiempo ya he cantado, la acción ya ha sido finalizada (González, 2013, p. 34). El acto de aprender no tiene su fin en sí mismo, sino que quien lo ejecuta, lo hace para aprender algo (incluso, ese algo que se aprende tampoco es puro. No es normal encontrar personas que aprenden por aprender, sino que ellas comúnmente tienen una intencionalidad: aprenden algo para alcanzar tal fin, lo cual les possibilita delimitar el objeto de su estudio, desechando otros). Eso que se aprende es, por supuesto, algo distinto del acto de aprender, por lo cual el aprendizaje es un complemento que se da cuando quien aprende conserva en la memoria eso que aprendió y que, por ser algo diferente a él, antes no tenía. Esto involucra que la persona que aprende, por tener algo nuevo en él, ya no es la misma que antes. Ha cambiado, para bien o para mal, porque ahora cuenta con un conocimiento que no tenía en el pasado y que transformará su futuro, cada vez que ejecute actos con base en ese aprendizaje guardado en la memoria. Y esto transforma toda su vida.

Supongamos que hay un muchacho que creció escuchando música popular, porque eso era lo que escuchaban quienes lo rodeaban, y que en las reuniones entonaba con ellos, con entusiasmo, esas canciones. Pero, al ingresar a la universidad, y luego de haber quedado fascinado con la asignatura de apreciación musical, él opta por empezar a aprender canto lírico. Poco a poco, ese arraigo cultural que parecía tan fuerte comienza a desvanecerse. El joven ya no es tan espontáneo como antes, tan presto a cantar en las reuniones, junto a los otros. Ahora, él es precavido y no canta hasta no haber hecho sus ejercicios de calentamiento y tener en frente una partitura a la cual ajustarse, leyéndola al pie de la letra. Si antes no le importaba si se desafinaba o si le temblaba la voz, ahora pide perdón a sus familiares y amigos cuando canta para ellos por haber cometido errores terribles, de los cuales ellos ni se dieron cuenta. Él ahora escucha aciertos o errores rítmicos, tonales, etc. de los que los demás no son conscientes y manifiesta un inusual disgusto por la música popular, entonada por gente sin técnica vocal, lo cual le hace muy difícil soportar las tertulias y fiestas donde hay personas que no tienen formación musical clásica.

Para el aprendiz de canto lírico, Luciano Pavarotti se ha convertido en el punto hermenéutico para interpretar lo que escucha, en el criterio o medida para juzgar si una pieza musical está bien ejecutada o no. Claro, si para pasar el examen de admisión al reino de sus nuevos y aparentemente inamovibles gustos hay que cantar como Andrea Bocelli, entonces la mayoría de expresiones musicales del contexto donde vive no le va a gustar. Y, recíprocamente, los familiares y amigos ya no van a tener la misma confianza ante el futuro cantante profesional y crítico musical, sino que van a comenzar a verlo como alguien diferente, que se comporta como si no fuera del clan, que hace parte de la comunidad con un pie, pero que tiene el otro afuera, en una cultura que considera superior o más conveniente o más cómoda y que por eso prefiere.

Aprender, entonces, implica abandonar incluso las costumbres, la propia cultura que ahora parece como extraña, para adquirir otra forma de ver la vida y conducirse por el mundo, que no le tocó, sino que eligió, y que por pasar a ser la propia, excluye a la que antes tenía como auténtica, pasando a ser esta última extraña. En relación con esto, Xavier Zubiri (2015) dice lo siguiente:

Ahora bien, el hombre es autor de su vida en una parte muy pequeña de su vida. De esto no nos hagamos ilusiones, pero, en fin, esa parte existe. De esto no hay ninguna duda. De ahí que algunos de los rasgos y de las figuras que constituyen el Yo están, en una o en otra forma, determinados por mí como autor de esos rasgos. Y, precisamente, a eso es a lo que llamamos libertad. Mi esencia está abierta a la figura de mi propio ser: esta apertura es, a potiori, libertad. Libertad no consiste primariamente en el uso de una capacidad dentro de la vida. Eso es una libertad de arbitrio y es cuestión aparte. Pero libertad puede significar también liberación, estar libre de aquello que puede imponer el cuadro de la vida que a uno le ha tocado vivir o a las dotes conque uno va a reaccionar frente a las cosas. Es estar liberado para ser la figura de mi Yo. En este sentido, la libertad es liberación (p. 48).

Aprender también es desaprender aquellos asuntos de nuestra crianza y cultura con los cuales no estamos de acuerdo, para elegir quiénes y cómo queremos ser, ya que no somos cosas con esencia es cerrada, sino existentes con apertura para construir nuestra propia personalidad a través de cada acto que realizamos. Así, aprender a convivir en paz implica poder pensar a la otra persona como otra, no como una cosa que se puede manipular, explotar laboralmente, secuestrar, torturar, etc.

Ahora bien, muy a pesar de que el joven del ejemplo, en la fase inicial de aprendizaje de canto lírico, rechace lo que antes sabía, creía, predicaba, etc., al llegar a convertirse en cantante profesional deja de segregar a los familiares y amigos,



vuelve a cantar con ellos en las tertulias y fiestas amenizadas con música popular y en algún momento del evento ellos le piden que se ponga sublime, caliente la voz, seleccione la partitura y asombre a todos con su talento pulido. Es decir, el aprendiz, ya madurado, tiene una apertura hacia los que al inicio del proceso eran los suyos propios y que luego se convirtieron, para él, en otros, diferentes, rechazados, para finalmente reincorporarlos en su nueva visión de la vida.

Este proceso, bastante parecido al de tesis, antítesis y síntesis enseñado por Hegel, se repite en cada aprendizaje. Con el tiempo, en cualquier estructura social pequeña, los antagonismos se resuelven, las tensiones se armonizan, muy a pesar de que eso no tiende a suceder en las sociedades grandes, las cuales usualmente optan por mantener los antagonismos para conservar el poder. Pues bien, con el tema de la paz sucede algo semejante. No sabemos qué va a pasar a nivel macro en Colombia, pero sí podemos imaginar cómo podríamos comportarnos en nuestro propio entorno, en la era del post-conflicto. Estamos tan acostumbrados a la violencia, que la enseñanza de la paz implica una apertura hacia la alteridad y el cambio de personalidad. El aprendizaje de la paz conlleva el mismo proceso, anteriormente descrito. Revisémoslo.

### 1ª Tesis: la Pax romana

Nuestro concepto habitual de paz, ese que enseñan tanto las instituciones educativas como los medios masivos de comunicación, es violento. «Paz» y «violencia» son a todas luces términos contradictorios. Y se supone que, si somos coherentes, no aceptamos contradicciones. No obstante, itero, nuestro concepto de paz implica agresión, dominio del otro, sumisión de éste al que quiere convertirse en el dueño de su vida. Etimológicamente, Pax romana es:

El nombre de una acción del género femenino de la raíz pak- = «fijar por una convención, resolver mediante un acuerdo entre dos partes», también de pag- que define sobre todo un acto físico. De estas raíces también derivan otros términos cercanos como pango, pacit, pacunt, pacere, paciscor, pactus, paco, pacalis, etc. Además, se da la circunstancia de que todas las lenguas románicas son herederas de este término: paz, pace, paix, pau incluso la peace inglesa tienen sus antecedentes etimológicos, en la pax-acis romana. (Muñoz, 1998, p. 192)

Otra definición de dicho concepto es la siguiente:

La Pax romana hace referencia al respeto a lo legal, a mantener la ley y el orden establecido. En definitiva, a velar por la ausencia de conflictos y rebeliones violentas dentro de los límites del Imperio Romano controlado por un poderoso aparato militar. Este modelo responde a una estructura social y económica imperialista y, por tanto, busca mantener el statu quo, es decir

defender los intereses de los que se benefician de la estructura del Imperio respecto a los que quedan en la periferia. Tal como dice John P. Lederach, «igual que en el Imperio Romano, la paz contemporánea refleja los intereses de quienes se benefician de la estructura internacional tal como es, es decir, los del centro y no los de la periferia». Una concepción muy negativa y manipuladora de la paz, entendida como mera ausencia de guerra y de desórdenes internos, es lo que llamamos la paz negativa. (Caireta, y Barbeito, 2005, pp. 15-16)

La Pax romana ha sido utilizada por los imperios a nivel macro y por los estados a nivel micro, para velar por el comportamiento obediente de los ciudadanos. Lo que los gobernantes garantizan mediante la concreción de esta idea de paz no es el bienestar general de todas las personas, sino el cuidado de la riqueza de los grandes comerciantes, que pueden transportar sus productos seguros de que estos llegarán a su destino, gracias a la pacificación llevada a cabo por los militares. Las acciones paramilitares, por supuesto, entran en esta lógica, ya que buscan proteger los intereses de las familias que concentran el poder latifundista, a través de negocios legales como la ganadería o ilegales como el narcotráfico:

Al mismo tiempo, los hermanos Castaño sentaron los cimientos de un nuevo proyecto político-paramilitar con una perspectiva más a largo plazo. Centraron su atención, y sus riquezas adquiridas con el narcotráfico, en la región y la actividad en la cual tenían su origen: La ganadería del norte de Colombia. Oriundos de Amalfi en el nororiente antioqueño, donde su padre fue víctima de un secuestro/asesinato de la guerrilla, comenzaron con la construcción de una organización militar que rápidamente se expandió en el norte del país. Hasta 1993 consolidaron su control sobre buena parte de Córdoba y el nororiente ganadero de Urabá, para extender su dominio en 1993/94 hacia la planicie bananera de la región, expulsando prácticamente de esta zona, económicamente importante, a la guerrilla (EPL y FARC) que la habían controlado. (Huhle, 2001, p. 69)

En otras palabras, la base de la paz gubernamental es el monopolio de la violencia:

En un sentido propio, la retribución acontece cuando se pretende hacer caer sobre el agente las consecuencias de sus propias acciones. Y cuando la retribución incluye la violencia física nos encontramos con la raíz misma del estado. El estado monopoliza la violencia física convirtiéndose en el único poder que legítimamente puede retribuir de este modo en un determinado territorio. Obviamente, no todas las sociedades humanas han tenido estado. Con frecuencia, la retribución física violenta ha sido ejercida previamente por otras instituciones asociadas a la familia o a la tribu. El estado solamente



aparece cuando una institución monopoliza el poder de retribuir mediante la violencia física en un territorio. Frente a cualquier irenismo contractualista que ignora la violencia como dimensión esencial del estado, es menester subrayar el carácter específico de las instituciones políticas. No hay estado sin una pretensión de monopolio de la violencia física. (González, 2015, p. 849)

Como si se tratara de una adopción del absolutismo hobbesiano, manifiesto en El Leviatán, lo que históricamente ha disgustado al Estado colombiano es que los campesinos han intentado fundar, mediante el ejercicio de las armas, lo que Álvaro Gómez Hurtado denominó en 1961 como «repúblicas independientes» dentro del territorio nacional (González, 1992, p. 107), que sean reconocidas a nivel internacional ya no como grupos terroristas, sino como grupos con estatus de beligerancia. Así, de lo que se trata la búsqueda de la paz en la Habana es que las FARC renuncien a su ilegítimo uso de la violencia, de tal forma que el Estado colombiano sea quien controle el orden social al interior de dicho territorio, en lugar de que, por causa del conflicto armado, haya dos gobiernos, uno de derecho y otro, el guerrillero, de facto.

No es admisible, entonces, que las guerrillas ejerzan autoridad en una parte del territorio nacional, grande e independiente al estilo de lo que fue la zona de despeje de San Vicente del Caguán, de 47.000 km<sup>2</sup>, en la época del gobierno conservador de Andrés Pastrana. En ese sentido, al Estado colombiano, como a cualquiera que en la actualidad comulgue con el régimen global del neoliberalismo, sólo le convienen dos cosas: o mantener una política guerrillera en contra de los grupos que al margen de la ley se oponen a las políticas generadoras de inequidades sociales, al estilo de la llevada a cabo durante décadas en contra de las guerrillas y los carteles del narcotráfico, o buscar desmovilizaciones, de tal forma que mediante el cambio de las acciones violentas de las guerrillas por las acciones políticas de los grupos reinsertados, el poder total resida –se itera– sólo en el Estado.

Así las cosas, parece que asumir la Pax romana como único criterio de paz, excluyendo a otras visiones sobre la misma, implica legitimar tanto las buenas acciones estatales como las malas, lo cual estaría más cercano a la esclavitud de antaño que a las actuales democracias que promulgan los principios ilustrados de libertad, igualdad y fraternidad. En ese caso, el concepto de ciudadanía equivaldría al de sumisión acrítica y, por tanto, legitimadora de quién sabe cuántas violaciones a los Derechos Humanos. A partir de ahí, al Estado le quedaría sumamente fácil criminalizar cualquier crítica política por parte de los ciudadanos. De hecho, tiene justificación para agredir a cualquiera que se le oponga.



## 1.1. La legitimación de la guerra

Doctrinalmente, la justificación de la guerra se ha hecho de la siguiente manera. Un gobernante que ha visto que el territorio a su cargo ha venido siendo atacado o usurpado por un bando enemigo, que en el caso de Colombia es interno, tiene justificación para declararle la guerra, aunque en realidad sea el bando enemigo quien haya generado un estado de guerra hace rato con sus acciones belicosas. Es, por decirlo así, un pretexto válido para responder con una violencia limitada ante la agresión. Así, la teoría de la «guerra justa» pretende quitarle la legitimidad al bando que hace tiempo propuso el estado de guerra, haciendo ver como absurdas e irrelevantes las razones por las cuales dicho bando planteó la guerra. Al hacer esto, sólo el gobernante ofendido, en calidad de víctima, puede dar buenas razones para iniciar una guerra defensiva contra el bando agresor. ¿Cómo surgió dicha teoría?

El concepto de guerra justa nace de una terrible y en apariencia insoluble paradoja, la de considerar la guerra como un fenómeno malo y perverso no sólo ética sino también espiritualmente y, a la vez, la de tener que aceptarlo precisamente para evitar males mayores. En ese sentido, se trata de una teoría surgida en el seno de una religión medularmente pacifista como es el cristianismo pero, a la vez, comprometida desde hace siglos en la tarea de defender Occidente de peligrosas amenazas. (Vidal, 2001)

Con base en el pensamiento de Joseba Segura Etxezarraga (1992), también se puede decir que la doctrina de la guerra justa hunde sus raíces en el pensamiento de Agustín de Hipona [La ciudad de Dios, libro XIX, c.7], es sistematizada por Tomás de Aquino y desarrollada por la Escuela de Salamanca, cuando ya se hablaba de Estados soberanos. Dicha doctrina, teorizada por Francisco Suárez, Thomas Hobbes, John Locke, Francisco de Vitoria, entre otros filósofos, establece los criterios bajo los cuales las acciones armadas o las guerras ofensivas son tolerables, por lo cual, si no se cumplen, tales acciones y tales guerras son injustas. Ejemplos de dichas guerras injustas son las guerras expansionistas, las de pillaje, las que tienen como propósito convertir a personas infieles o paganas, las que buscan la gloria, entre otras. A continuación se muestran las condiciones que se deben satisfacer antes de iniciarse la actividad bélica (*ius ad bellum*), que debe: a) ser declarada y llevada a cabo por una autoridad legítima (*legitima potestas*); b) servir a la defensa de bienes y derechos de carácter esencial, puestos en peligro por una amenaza injustificada (*iusta causa*); c) agotar todas las alternativas posibles, antes de optar por la violencia (*ultima ratio*); d) evitar que el mal que se produzca a consecuencia de la guerra sea mayor que la injusticia que se pretende combatir (*proportio ejectuum*); e) existir una perspectiva de éxito suficientemente justificada (*bonus eventus*); f) proporcionalidad: “Los medios utilizados han de



estar en relación con los bienes que se persiguen. En otras palabras: para que un acto militar esté justificado, el fin perseguido debe tener más peso que cualquier consecuencia negativa que pudiera resultar del mismo” (Segura, 1992, p. 817). Discriminación: “la fuerza militar debe utilizarse de tal forma que se respete la distancia entre combatientes y no combatientes. Y en cualquier caso, la matanza intencional de no-combatientes no puede justificarse”. (Segura, 1992, pp. 817-818)

Ahora bien, más allá de la teoría, en la vida cotidiana muchos colombianos legitiman el uso estatal de la violencia con sus dichos y actos. Es común que personas expresen su odio a la guerrilla cada vez que ésta ataca a una población civil o una estación de policía o lo que sea que atente contra la vida, aunque una indignación semejante sucede cuando un árbitro interviene en el curso de un partido de fútbol importante de la Selección Colombia; o un presentador se equivoca al leer el veredicto, por lo cual una reina de belleza pierde la corona de Miss Universo. Parece que no importa hacer ninguna clasificación de la información, pues, de lo que se trata es de hacer espectáculo de ira un rato, vociferar malos deseos en contra del enemigo y listo. Pero no es tan común ver acciones serias, bien pensadas, para protestar contra la violencia de la guerrilla. Es mucho menos común que ante una noticia trágica como la muerte de personas inocentes por causa de enfrenamientos entre grupos armados, haya personas que no lancen improperios contra el agresor, que lamenten y refuten, pero con una actitud de paz, no de violencia. Una vez más, se muestra que muchos colombianos no han memorizado la importancia de la paz. Y es imposible que eso suceda, mientras el Estado colombiano siga intentando la paz a través de la guerra y los grupos al margen de la ley sigan buscando la justicia social que supuestamente anhelan, partiendo de acciones violentas. La influencia cultural es muy fuerte en las creencias y decisiones de las personas, lo cual se manifiesta en otros dichos que se refieren a muertes de pandilleros del barrio, drogadictos, ladrones, etc., tales como: “por algo sería que lo mataron”, “yo sí estoy de acuerdo con la limpieza social porque ayuda al sector”, entre otras expresiones que una vez más legitiman el predominio de la violencia en la regulación de la sociedad:

El paisaje urbano en los sectores pobres de la ciudad [se caracteriza por] débil presencia policial; proliferación de atracadores, delincuentes sexuales, homicidas, ‘milicias populares’ y pandillas que ejercen controles territoriales e imponen su orden a través de la violencia. Es en este tipo de escenarios en donde con más frecuencia se registran operaciones de limpieza social -masacres- que justifican el homicidio como solución a los conflictos generalizando la pena de muerte en contra de quienes se consideran una amenaza social (“pelaos fregaos”, drogadictos, “caspas”, “buscapleitos).

Por otra parte hay modalidades de violencia que tienden a darse principalmente en el marco urbano, como la 'limpieza social', los delitos contra el patrimonio económico, la implementación abusiva y violatoria de derechos, de las políticas para la seguridad ciudadana, etc. (Salazar, 1999, pp. 3-4)

**2. Antítesis: la Eirene griega:** Parece que lo anterior nos deja en un dilema: o los ciudadanos legitimamos todo lo que el Estado hace, en actitud de silenciosa obediencia, o nos convertimos en grupos ilegales que se abalanzan contra él, inicialmente con piedras y palos, y posteriormente con armas más sofisticadas, gracias a los dineros del narcotráfico que contribuyen a la causa, entendiendo que el Estado jamás va a renunciar al uso legítimo de las armas. Por ende, para evitar que el concepto de «paz» quede reducido a la Pax romana, que nos llevaría al anterior falso dilema, surgen más opciones. Una de ellas es la Eirene griega:

La Paz aparece, pues, como un principio abstracto femenino, sacralizado, universal y eterno. Como tal principio es más un estado de «paz» que un proceso concreto. Como divinidad del orden aparece como reguladora de los conflictos institucionales entre los hombres y los pueblos; y por ello ligada a todo lo que dispensa riqueza y prosperidad. Eiréne es en Hesiodo «la floreciente» que madura los trabajos de los hombres. Es un valor moral más que político. Es un don divino ofrecido a los hombres que pueden usarlo si lo desean. Acompaña al buen gobierno y a la próspera agricultura. No es, pues, tan difícil descifrar las estrategias que incorporan la paz al discurso de lo femenino, o lo femenino al discurso de la paz. Esta, como las mujeres, asegura la fertilidad y la creación de riqueza; supone la reproducción, la abundancia y la vida. No estructura políticamente la ciudad, pero es su soporte. (Martínez, 2000, p. 274)

En la mitología griega, Eirene, hija de Zeus y Temis –la diosa que rige las leyes eternas–, era una de las tres horas o estaciones, diosas de la ley y el orden, cuya función era conservar la estabilidad social. Ella:

Era representada como una mujer con una corona de flores, una rama de olivo en una mano y el cuerno de la abundancia en otra. La eirene era semejante al concepto de homonoia (armonía). Ambos términos se referían principalmente a un estado de tranquilidad aplicado sólo a los grupos griegos y en el interior de estos grupos: hogar, pueblo, ciudad-Estado. Nunca se refiere a la colaboración o interrelación pacífica entre griegos y extranjeros. Otro uso peculiar del término eirene es aquél que lo opone a akatastasia (desorden). Además, eirene hace referencia o aparece acompañada de la dikaiosynê (justicia-honradez). Eirene, por consiguiente, describe la unidad interior y social. Eirene como realidad interior se refiere a la armonía mental y anímica, que se



traduce en sentimientos tranquilos y apacibles. Por el otro lado, como realidad social este término designa el estado temporal entre guerras. La paz no es más que ausencia de guerra, situación opuesta al conflicto violento y bélico. Así, por ejemplo, se usa eirene en el Nuevo Testamento con el significado de solicitar la paz o hacer la paz entre distintas facciones más o menos en conflicto o guerra. (Rodríguez, 2014, p. 27)

Esto muestra que los griegos concebían a la paz como algo más que ataraxia, que, tal como lo explica Carlos Augusto Ángel Maya (2005): “significa tranquilidad, paz, ausencia de conflictos y nada más alejado de la cultura griega que esa paz utópica situada por fuera de la lucha diaria” (p. 8). La Eirene conlleva justicia social, no un aislamiento del mundo, como se la ha querido vender para promocionar otras visiones acerca de la paz.

**3. Síntesis: unión de Pax romana, Eirene griega y noviolencia en un incluyente concepto de paz:** Otra visión sobre la paz es la noviolencia, que busca exigir pacífica, pero efectivamente, al Estado los derechos de los ciudadanos con tal paciencia que en efecto queden garantizados. Por consiguiente, según Mario López Martínez (2012), se puede entender la noviolencia como un método de: a) intervención en conflictos, b) lucha socio-política, c) humanización de la política, d) viaje de introspección y búsqueda personal, e) filosofía y cosmovisión del ser humano, f) lo opuesto a la violencia física, g) lo opuesto a la violencia cultural, h) lo opuesto a la violencia estructural (pp.15-20). Para los promulgadores de la noviolencia, tanto la Pax como la Eirene son conceptos negativos de paz, tal como lo expresa el Seminario de Educación para la Paz de la Asociación Pro Derechos Humanos de Madrid:

La paz negativa es la concepción predominante en occidente y hunde sus raíces en la noción de eirene griega y de pax romana. Esta concepción pone el énfasis en la mera ausencia de guerra, de violencia directa. La paz sería simplemente ‘no-guerra’. Por tanto, presupone un aparato militar que garantice el orden, disuada al enemigo y asegure la perpetuación del statu quo. De acuerdo con ello, la paz es algo que sólo puede establecerse entre estados, mediante la preparación de las fuerzas armadas (recuérdese el célebre “si quieres la paz, prepárate para la guerra”). Si la paz consiste tan sólo en evitar los conflictos armados en el territorio propio, si se trata de un estado de cosas, de un intervalo entre dos guerras, si se admiten las ‘guerras pacíficas’ (por ejemplo, las sanciones económicas y boicots comerciales), bien poco tendrían que hacer las personas que se dedican a la educación. (Aguilera et al, 2000, pp. 17-18)

Y a veces da la sensación de que el discurso de la noviolencia tiene razón. Por una parte, los guerrilleros se oponen, se supone, a la indiferencia del Estado colombiano ante la desigualdad social, generando así un círculo interminable de violencia y contra-violencia. Para evitarlo, pareciera que lo mejor fuera no contar con el concepto romano de paz. Pero, ¿qué sería del Estado colombiano sin un Ejército que lo defendiera interna y externamente?, ¿a qué gobierno se le ocurriría afirmar que de ahora en adelante no se cometerán más acciones violentas contra los ciudadanos que protesten violentamente contra las políticas injustas, sino que se escuchará su voz y se tomarán medidas de cambio? Imaginar un mundo en el cual haya gobiernos sin ejércitos es perder el tiempo, porque no es una posibilidad que pueda ser convertida en un hecho.

Como se mencionó con anterioridad, el uso legítimo de la violencia está justificado teóricamente por los gobiernos que intentan mantener el control social y cotidianamente por los gobernados, que esperan la protección del Estado al cual cedieron su poder de autodefensa. Este mundo, cuya historia moderna, no tan diferente de la más antigua, es la de las guerras entre naciones o al interior de las mismas, jamás dejará de tener conflictos ni los ejércitos dejarán de intentar resolverlos violentamente. Por eso mismo, no hay que descartar el concepto romano de paz, tal como lo desea el profeta en Isaías 2, 4. Hay que convivir con él, buscar la forma de mitigar su violenta arbitrariedad y complementarlo con otras visiones de la paz, que también estén a favor del pueblo, no sólo en pro de controlarlo por las buenas o por las malas. Podemos tener esperanza de un mejor mañana, pero ciñéndonos siempre a los hechos.

Por otra parte, ante las acciones belicosas de los guerrilleros, el concepto griego de paz pareciera ser la doctrina legitimadora de la Pax romana. Mantener la calma ante las adversidades puede ser interpretado como una ausencia de protesta, de reclamo. Esto puede significar también una aceptación y legitimación tranquila de las malas acciones estatales, no sólo de las buenas. Eirene parece ser, en otras palabras, el estado mental de los ciudadanos ideal para el Estado. Es posible que por eso sea que, comúnmente, algunas organizaciones no gubernamentales que trabajan en torno a los Derechos Humanos, orientadas por los principios de la noviolencia, consideren a la Eirene en términos peyorativos como paz negativa, ideal, pasiva, impotente, ingenua, ineficaz, casi como opio para el pueblo. Caricaturizan a dicho concepto como un aislamiento de la realidad. ¿Qué sentido tiene enfrentar cada situación adversa de la vida como practicando yoga, como con una sobredosis de valeriana, en lugar de asumir activamente la responsabilidad de promover un cambio social? No obstante, hay que tener en cuenta que la paz griega está ligada a las otras dos horas o estaciones, la justicia y la honradez, por lo cual no se puede tener paz con injusticia ni impunidad: “Las tres están profundamente relacionadas, como hermanas. No hay paz sin justicia y buen go-



bierno, no hay buen gobierno sin paz y sin justicia, no hay justicia sin paz y buen gobierno” (Martínez., 2000, p. 269).

Además, al hacer esas críticas, los defensores de la noviolencia no suelen tener en cuenta las ventajas de la Eirene a la hora de pensar antes de actuar, de calmar las emociones de rabia ante las injusticias y planear bien las estrategias para poder combatirlos inteligentemente, sin usar las mismas armas ni tácticas del enemigo. Con la cabeza caliente y llena de ideas violentas, Mahatma Gandhi jamás hubiera podido liberar a la India del yugo británico, pues este último oprimía al pueblo indio con las mejores armas del mundo. Pero con la cabeza fría diseñó paso a paso el camino para lograr la libertad de todo un pueblo. Y es que el ser humano está capacitado para la libertad y la paz por naturaleza, a diferencia de los animales, tal como se vio en la cita bibliográfica de Xavier Zubiri Apalategi. Pero, desarrollemos mejor esta idea.

A diferencia del Dasein de Martin Heidegger –que, entre otras cosas, es la manifestación de la antropología luterana, según la cual el hombre está caído por naturaleza, fruto del pecado original. Quizás heredó esa óptica antropológica de Søren Aabye Kierkegaard–, la persona humana, según Zubiri, no está fatalistamente arrojada al mundo, volcada hacia el uso de los útiles (en las cosas) sin tener tiempo ni serenidad para construir su ser auténtico, sino que está optimistamente implantada (aquí ya no hay esa sensación de desarraigo, angustia, hundimiento en la nada, sino de seguridad por estar anclado en la realidad y no como una estaca, sino de forma viva) en esa realidad absolutamente absoluta que es Dios. Como que el punto antropológico de partida de Zubiri es semejante al del Islam, que considera a todos los seres humanos como hijos de Alá y sin pecado original, o como el de Rousseau o el de los anabautistas que, más cerca de Erasmo de Rotterdam que del mismo Lutero, creían que el hombre era bueno y por eso podía aspirar a realizar buenas obras. En resumen, mientras que para Heidegger el hombre nace caído, arrojado a una existencia inauténtica, por lo cual, debido a la angustia y gracias a la libertad que lo constituye metafísicamente, debe proyectar la elaboración de su propio ser, para Zubiri el hombre nace implantado (por Dios mismo, cosa más optimista aún) en la realidad, lo cual implica que no está volcado por naturaleza hacia el uso de aparatos técnicos, porque esto sería vivir como un animal sometido por la determinación de su naturaleza instintiva a únicamente buscar la respuesta más adecuada ante los impulsos.

En un país como Colombia, donde pareciera que la vida está determinada y que no podemos hacer nada para cambiar su rumbo, por cuanto la educación es sombría y tanto los medios masivos de comunicación como los videojuegos nos atan desde pequeños a la legitimación de un sistema de esclavitud y muerte, resulta esperanzador saber que el hombre no está férreamente atado a nada. Por eso, es

viable decir «no» u otra respuesta ante las propuestas de la publicidad, la historia oficial, el chovinismo promovido por los medios gobiernistas de comunicación, etc. Y no hay que hacer magia para lograrlo. No hay que sacrificar un montón de bueyes a Zeus ni corderitos a Yahveh, ni hacer una dieta especial ni esforzarse de una manera sobrenatural. Simplemente, hay que ser humano, pues la personalidad reside, justamente, en no estar determinado por un destino, sino en poder crear respuestas nuevas ante los actos volitivos. Así, por ejemplo, uno puede optar por ser misericordioso, en lugar de matar animales para agradar a un dios. Quien sólo sigue órdenes se vuelve máquina, pero quien se atreve a poner al ser humano por encima de las normas, excogitando nuevas respuestas, exponiéndose al castigo por la desobediencia civil motivada por el amor a su pueblo, entonces es como Dios en la tierra, su imagen y semejanza. ¿Cómo vamos a cambiar ese pasado lleno de prácticas violentas que las generaciones colombianas de la actualidad hemos heredado de nuestros ancestros, que transmite una desazón, desesperanza y falta de fe? Es una pregunta que ya puede tener respuesta. No tenemos que seguir siendo el lar de Ares, dios de la guerra, ya que por naturaleza podemos realizar actividades libres, que nos impelen a conocer más sobre la realidad para orientar mejor nuestras futuras acciones, y en la cual reside la clave del cambio de rumbo histórico:

Esta remisión a la realidad es el fundamento de todo diálogo racional. Al remitirnos a la realidad, con independencia de nuestros actos, trascendemos nuestros esquemas intencionales y nos abrimos a los esquemas intencionales de los demás. En el plano de la realidad, no hay ninguna razón especial por la que los propios esquemas intencionales hayan de tener preferencia sobre los esquemas intencionales de los demás. Éste es precisamente el punto de partida necesario para todo diálogo intercultural. La realidad que trasciende mis actos es el plano común desde el cual puedo tratar de verme a mí mismo utilizando los esquemas intencionales que tienen los demás. La realidad, como ámbito que trasciende mis propios actos y los actos de los demás, es el terreno trascendental de todo encuentro interpersonal. Los fundamentos del diálogo no han de buscarse en una presunta intersubjetividad trascendental. De hecho, bien podría suceder que las estructuras intersubjetivas fueran tan diversas entre las diversas culturas que no pudieran reducirse a un denominador común. Pero esto no impediría un auténtico diálogo entre los diversos grupos humanos. Lo que posibilita el diálogo no son unas presuntas estructuras intersubjetivas universales, sino la pretensión de nuestra actividad de situarse en el plano de la realidad. Esa pretensión es relativizadora de los propios esquemas intencionales, y es justamente lo que me posibilita ponerme en la perspectiva del otro. La actividad, en este sentido, tiene un carácter que, más que intersubjetivo, habría que llamar interpersonal (González, 1999, pp. 98-99).



Las actividades nos dan nuevas posibilidades. Podemos generar la paz, sin estar obligados a mantenernos en la cultura de la guerra sempiternamente. Claro, todo esto si somos optimistas como Xavier Zubiri Apalategi y Antonio González Fernández, partiendo de una perspectiva antropológica favorable. El asunto es que, tristemente, en Colombia pareciera que Lutero y Hobbes tuvieran la razón. Es difícil encontrar humanidad, personalidad en, por ejemplo, los paramilitares. Ellos son máquinas de matar. Son personas que aún en la cárcel narran sus testimonios de torturas y masacres con suma frialdad. Y más crueles aún son los gamonales, dueños de tierras y de mucho poder político, que, como el subjectum de la modernidad, mandan ejecutar los actos: “Que maten a tal, que me está estorbando”, son sus palabras cotidianas, emitidas sin mayor esfuerzo ni remordimiento. El problema es que, si nos basamos en la antropología luterano-hobbesiana, entonces caemos en la tentación de ver en quienes dirigen el rumbo de este país la aplicación fidedigna de dichas teorías. Los políticos son lobos para el hombre. Por eso, a pesar de estos hechos violentos que caracterizan a un sector del país, es pertinente acudir a la antropología zubiriano-gonzaliana, con el fin de encontrar humanidad, personalidad, destellos de creatividad en los paramilitares y políticos corruptos. Es preferible creer que ellos pueden cambiar su hábito de resolver todo con armas, trocándolas en arados, o si no es imposible tener esperanza. Es mejor apelar a la personalidad cálida, acogedora, de la mayoría de colombianos que no optan por las armas, como si por naturaleza fueran bueno y validaran las siguientes palabras de Michael Tomasello (2010):

Tras estas dos características de la cultura humana –los artefactos acumulativos y las instituciones sociales– hay todo un conjunto de habilidades cooperativas y motivaciones para colaborar que son exclusivas de nuestra especie. Esta afirmación es evidente en el caso de las instituciones sociales, que representan maneras de interactuar organizadas en cooperación y acordadas por el grupo, entre las cuales hay reglas para lograr que los que no cooperan cumplan lo acordado. Las funciones de estatus representan acuerdos cooperativos según los cuales existen entidades tales como los maridos, los padres, el dinero y los jefes, con los derechos y las obligaciones que tienen. Inspirándonos en la obra de filósofos de la acción como Michael Bratman, Margaret Gilbert, J. Searle y Raimo Tuomela, podemos dar el nombre de ‘intencionalidad compartida’ a los procesos psicológicos subyacentes que hacen posibles esas formas únicas de cooperación. Básicamente, la intencionalidad compartida comprende la capacidad de generar con otras intenciones y compromisos conjuntos para las empresas cooperativas. Esos compromisos e intenciones acordados en común se estructuran por medio de procesos de atención conjunta y conocimiento mutuo, que descansan todos sobre las motivaciones cooperativas de ayudar a otros y compartir cosas con ellos (pp. 14-16).



La restauración de Colombia puede partir del reconocimiento de esta predisposición gregaria natural, caracterizada por la serleana intencionalidad colectiva, el «nosotros» irreductible a un «yo», ya que es primigenio, (el yo es secundario, teorema derivado del axioma del nosotros), y que nos da la capacidad natural de cooperar con el otro, de compartirle su propia comida, entre otras acciones que bien podrían ser consideradas como cristianas, tal como lo hacía Fray Bartolomé de Las Casas respecto a los comportamientos comunitarios y casi paradisiacos de los indígenas.

Lo anterior tiene algunas implicaciones para el aprendizaje de la paz en nuestro país. Primero, que al educar para la paz es pertinente recalcar que los colombianos no estamos obligados a usar el insulto ni el puño ni la patada ni el machete ni la navaja ni la pistola ni el fusil ni la bomba cada vez que alguien nos agrede. Ante la violencia del otro, es mejor poner la otra mejilla, tal como lo haría Jesús, lo cual no implica ser ingenuo. Tal como sucede en la actualidad, que en colegios y universidades la mayoría de pupitres individuales son para personas diestras, no zurdas, en dicha época también se presuponía que las personas eran, generalmente, diestras. El libro de Jueces 3, 17 narra que los escoltas del rey moabita Eglón estaban acostumbrados a requisar sólo el muslo izquierdo, que es donde los soldados diestros guardan su espada. Por esta razón, no requisaron el muslo derecho del soldado israelita Ehúd, quien había escondido su espada allí, por lo cual, más adelante, pudo desenvainarla con su mano izquierda para matar al rey. En esa línea de interpretación, en Mateo 5, 39, Jesús afirma que si alguien abofetea a otra persona con la mano derecha, en lugar de oponer resistencia es preferible voltear el rostro, para exponer al agresor la mejilla izquierda. Esto significa que estando frente a frente, quien lanza la bofetada lo hace con su mano derecha, la cual, al impactar en la mejilla derecha del agredido, realmente no lo hace con tanta fuerza, ya que el golpe no es proporcionado por la palma como sucede en las cachetadas, sino por la parte exterior de la mano, que no está cerrada formando un puño.

En el contexto de esta enseñanza noviolenta de Jesús, el agresor es un soldado romano que, siendo muy fuerte y teniendo autoridad para detener a quien no fuera ciudadano romano, extiende su mano derecha desde su hombro izquierdo hacia la mejilla de algún israelita para provocarlo a proferir improperios, maldiciones, etc. Pero si el israelita volteaba su rostro, exponiendo la mejilla izquierda, estaba dando un mensaje de paz al soldado romano: “yo no quiero responder violentamente a su agresión. Si quiere, pégueme con su mano derecha en mi mejilla izquierda, destrozándome la cara. Si quiere abuse de su autoridad. Pero yo no voy a responder con violencia. No obstante, tampoco me voy a ir. Usted decida si me agrede o nos volvemos amigos”. En el versículo 41 del mismo capítulo, Jesús enseña que si el soldado romano obliga a un israelita, que no tiene ciudadanía



romana, a llevar una carga por algo más de un kilómetro, en lugar de hacerlo de mala manera y lanzar insultos al finalizar la tarea, hay que hacerlo con cordialidad, de tal forma que el soldado quede sorprendido por esa inesperada respuesta, se sienta incómodo por haber abusado con su autoridad de una persona buena, y entonces comienza la transformación de dicha máquina de guerra en persona. Y en Lucas 3, 14 Jesús dice a los soldados romanos que no extorsionen, que se conformen con su salario, que no hagan falsas acusaciones para ganar dinero. Jesús, entonces, sabiendo que siempre habrá ejércitos, y que sus integrantes estarán tentados a abusar de su autoridad, en lugar de tirarles piedra y realizar otro tipo de acciones violentas, promueve la humanización de los soldados por medio de actitudes no violentas. De esta manera, promueve la justicia social sin violencia, porque esta es contradictoria con la paz. Poner la otra mejilla no es ser ingenuo, sino una buena manera de intentar frenar de una vez por todas, el círculo de violencia y contra-violencia, en lugar de contestar agresivamente y perpetuarlo.

En segundo lugar, tener la capacidad de pensar antes de actuar implica que es pertinente que la enseñanza para la paz esté orientada hacia la paciencia y la tolerancia al fracaso. La paz no consta simplemente de un acto de habla en el cual se declara que ya no hay más guerra entre el Estado y las AUC o las FARC o el ELN o el grupo al margen de la ley que sea. No es un cambio mágico de realidad que surge tras firmar un papel o fumar una pipa. La paz es algo que todavía no existe, pues un sustantivo abstracto que hay que concretar. De ahí que se trate de pasar de una antigua forma de pensar, dominada por la violencia, a una nueva forma de hacerlo, basada en acciones realizadas a favor del otro. En ese sentido, puede que a Colombia le pase lo que a los israelitas cuando salieron de Egipto, quienes al verse azotados por el calor, la sed y el hambre dijeron que preferían estar esclavizados como antes (Éxodo 16, 3). Por más duro que sea, resulta más cómodo amoldarse al pasado que al futuro, por lo cual los primeros años del post-conflicto pueden ser áridos, sin frutos, llenos de boicots, amagues de nuevas guerras, entre otros eventos que parecen perpetuar la violencia, en lugar de ser parte de la paz. Pero hay que entender que no es viable salir así no más de seis décadas de instrucción estatal en contra de la guerrilla, realizada desde las instituciones moralistas y ejerciendo manipulaciones mediática para provocar habladurías populares. Es decir, los colombianos no estamos educados para la paz, sino para pensar mal del guerrillero. ¿Cómo vamos a hacer para aceptarlo cuando esté reinsertado? La educación para la paz también consiste en advertir que aunque hay que recordar el pasado a través de la memoria histórica, para tratar de evitar que los colombianos vuelvan a ser victimizados, es más pertinente aún permitir que las heridas cicatricen y posibiliten la construcción de una vida nueva. Enfatizar sólo en el pasado, en los crímenes cometidos por los guerrilleros, etc., puede ser contraproducente en el sentido de que impide a la gente verlos como personas dispuestas a cambiar, a vivir en paz. Es aprender a vivir con el que

antes era considerado como el enemigo y causante de la mayoría de los males de la patria.

Y en último lugar, hay que recordar que el conflicto armado colombiano no es netamente colombiano. Así como ha habido ayuda estadounidense al Estado colombiano, de tal forma que, de paso, se ha llevado a cabo la Doctrina Monroe, el Plan Marshall a través del Plan Colombia, etc., también ha habido financiación de armas de las FARC por parte de organizaciones de otras latitudes. Es un conflicto surgido en la época de la Guerra Fría, que sigue viva en la época de la globalización, la cual no se acabará con la firma del tratado de paz. El Estado colombiano, que hace parte de una comunidad internacional, seguirá importando foráneas políticas neoliberales que continuarán empobreciendo a los campesinos, explotando y contaminando los recursos naturales, entre otras acciones que harán generar nuevos odios. Por eso es tan pertinente enseñar que no somos animales sometidos al instinto, sino animales de realidades que podemos contenernos, en lugar de reclamar impulsivamente y con violencia para obtener lo que queremos. La paz exige dominio propio, por lo cual hay que desarrollarlo. La animalidad, sin racionalidad, nos traerá de regreso la guerra.

### Conclusiones

Es conveniente ensañar que el concepto de paz requiere incluir la Pax romana, para ajustarse a la realidad; a la Eirene griega, no para validar con el silencio y la pasividad el uso legítimo de la violencia que hace el Estado, sino para poder reclamarle con inteligencia y sin agresión alguna cuando no cumpla cabalmente con los programas políticos que traza, o cuando estos sean injustos. Lo anterior, por supuesto, redundará en una actitud noviolenta. Si aprendemos a unir los diversos conceptos de paz en uno que sea englobante, es posible que más adelante también podamos aceptar y unirnos a los reinsertados que, a pesar de ser diferentes a nosotros, podrán complementarnos con su nueva forma de ser y talentos puestos al servicio de la sociedad en la época del post-conflicto.

### Referencias:

Aguilera, B., Cascón, P., González, M., Grasa, R., Iglesias, C., Jares, X., Martínez, M., Poleo, A., Sacristán, S., San José, C., Tuvilla, J. (2000). *Educar para la paz. Una propuesta posible*. Madrid, España: Los Libros de la Catarata.

Ángel, A. (2005). *Ataraxia*. Manizales, Colombia: Editorial de la Universidad Autónoma de Occidente.



- Caireta, M. y Barbeito, C. (2005). *Cuadernos de educación para la paz. Introducción de conceptos: paz, violencia, conflicto*. Barcelona, España: Escuela de Cultura de Paz de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- González, A. (1999). *Teología de la praxis evangélica: ensayo de una teología fundamental*. Bilbao, España: Editorial Sal Terrae.
- \_\_\_\_\_. (2013). *Surgimiento. Hacia una ontología de la praxis*. Bogotá, Colombia: Universidad Santo Tomás.
- \_\_\_\_\_. (2015). Para una 'ontología' de lo social. *Revista Portuguesa de Filosofia*, 71 (4), 833-54.
- González, J. (1992). *El estigma de las repúblicas independientes: 1955-1965*. Bogotá, Colombia: Cinep.
- Huhle, R. (2001). La violencia paramilitar en Colombia: historia, estructuras, políticas del Estado e impacto político. *Revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Varsovia*, (2), 63-81.
- López, M. (2012). *Noviolencia: Teoría política y experiencias históricas*. Chaco, Argentina: Editorial de la Universidad Tecnológica Nacional.
- Martínez, C. (2000). Las mujeres y la paz en la historia. Aportaciones desde el mundo antiguo. En Muñoz, F. y López, M. (Ed.), *Historia de la paz. Tiempos, espacios y actores*. (pp. 255-290). Granada, España: Universidad de Granada.
- Muñoz, F. (1998). La Pax romana. En Molina, B. y Muñoz, F. (Ed.). *Cosmovisiones de paz en el Mediterráneo antiguo y medieval*. (pp. 191-228). Granada, España: Editorial de la Universidad de Granada.
- Rodríguez, A. (2014). *Guía metodológica para la implementación de prácticas restaurativas*. El Salvador: Servicio Social Pasionista.
- Salazar, M. (1999). Violencia Política, Conflicto Social y su Impacto en la Violencia Urbana. *Reflexión política - Revista del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Autónoma de Bucaramanga*, 1 (1), 1-19.
- Segura, E. (1992). Violencia y guerra. En Vidal, M. (Ed.), *Conceptos fundamentales de ética teológica*. (pp. 809 - 835). Madrid, España: Trotta.
- Tomasello, M. (2010). *¿Por qué cooperamos?*. Madrid, España: Katz Editores.

Vidal, C. (2001). La doctrina de la guerra justa. *Revista española y americana La ilustración liberal*. Recuperado de <http://www.ilustracionliberal.com/10/la-doctrina-de-la-guerra-justa-cesar-vidal.html>.

Zubiri, X. (2015). *El problema teológico del hombre: Dios, religión, cristianismo*. Madrid, España: Alianza Editorial.